

Aun no es firme tu pulso... Me has dejado
Con vida y sangre... y con vigor también.

Mis labios arden... Llégate al arroyo
Y dame agua, Gonzalo... Montaremos
Después nuestros caballos, y estaremos
Juntos, del día hasta el primer albor.
Dale agua á mi bridón... ¡Fuerzas me sobran!
Vuelve... quiero saber tu desventura...
Somos en todo hermanos : ¡en bravura,
En desgracia, en destierro, y en dolor! —

Brotan dos gruesas lágrimas los ojos
De Gonzalo, y le bañan la mejilla;
Corre del limpio arroyo hacia la orilla
Y de agua llena el casco, y se la trae.
Y con tierno interés, gota por gota,
La bebida benéfica derrama
En esos labios que la sed inflama
Y que el agua deleita cuando cae.

Busca luego las hierbas generosas
Que cierran, cicatrizan las heridas,
Del bárbaro nativo conocidas,
Y que él ya sabe distinguir también.
Y le venda solícito, y le arrima
Á la sombra de un roble. Fueron lecho
Á su cuerpo las hojas, y en el pecho
Del enemigo reclinó la sien.

Cuando ya el sueño plácido y quiéto
Y el confortante bálsamo del aura

La fiebre aplaca y su vigor restaura,
Salta Álvaro en sus pies diciendo — ¡Adiós!
¡Adiós, Gonzalo! Cuando el sol tres veces
Haya girado en su carrera diaria,
En esta misma vega solitaria
Nos volveremos á encontrar los dos. —

Y como avergonzado, con viveza,
Y casi erguido hacia el bridón avanza,
Y ostentando vigor sobre él se lanza
De un salto, con esfuerzo varonil;
Y parte á escape ; — pero á corto trecho
Suspende del caballo la carrera,
Y vésele pasar por la trinchera,
Lento, á la luz del alto fogaril.

CUADRO DÉCIMOTERCIO

LA DISPUTA

Todo es silencio. La rojiza luna
Á hundirse va en el pálido horizonte
Y columpia su disco sobre el monte
Que yergue ante ella el cuerpo de titán.
Con su frente argentada y su melena
De negras selvas, la empinada cumbre

Animada parece á la vislumbre
Que aquellos rayos moribundos dan.

Desde el arroyo con declive lento
Hasta el reducto, poco á poco empina
Su verde falda la feraz colina
Por do el camino serpeando va ;
Y allí á la sombra de un añoso roble
Se oye el murmullo de un humano acento
Que no interrumpe ni el lejano viento,
Porque hasta el viento enmudecido está.

Los dos hermanos á la sombra amiga
Están sentados cabe el duro tronco,
Y el uno débil y en acento ronco
Al otro dice, que le escucha, así :
— Y yo también te compadezco, hermano :
¿De qué te sirve tu virtud querida?
Yo con mi triste borrascosa vida
No me trocara, á la verdad, por ti.

Lejos del mundo en solitario albergue
Aun sufre y tiembla el pobre anacoreta ;
Pero del tigre á la caverna quieta
No lleva el hombre su inmortal furor.
No perseguida, por los aires libre
El águila caudal cierné su ala,
Y cébase sangriento y se regala
En su expirante víctima el condor.

Y tú, que paz á la inocencia pides,
Tú, que reposo en la virtud buscaste,

Tú, que al amor y al mundo renunciaste
En la flor de tu ardiente juventud,
Tú no has hallado ni la paz que encuentra
La hiena en su descanso tenebroso :
Persigue el hombre hasta el febril reposo
En que delira, triste, tu virtud.

¿No quisieron matarte?

— Si

— Y entonces

¿Qué hiciste?

— Me escapé : fuíme al desierto.

— ¿Y allá te persiguieron?

— Todo es cierto.

— Y te asecharon por doquier.

— También.

— Y las antiguas selvas que guardaban
La paz del oso y tigre carnívoros,
¡No pudieron guardar al caballero
Defensor de la patria y su sostén!

— Todo es verdad, hermano.

— ¡Bien! Tornaste,

Y en pago de su cólera y su saña,
Bien por mal les volviste, y nuestra España
Debió su salvación á tu valor.
Luego ¿qué sucedió?

— Fui perseguido

De nuevo, porque el odio es por esencia
Implacable y activo, y la inocencia,
Fuera de Dios, no tiene defensor.

— ¿Y quién te ha perseguido? ¡El egoísta
Que entre la patria y la traición fluctuaba,
El que huyendo cobarde, el triunfo espiaba
De los tiranos para ser traidor!
¡Y hoy tu único derecho es el destierro!
Tu refugio, ¡vivir como el bandido!
Tu único premio, ¡verte aborrecido!
Tu honrosa cruz, ¡la infamia y el baldón!

— Por desgracia así es.

— ¡Y tú me llamas
Rebelde, hermano!

— ¡Sí!

— Pues juro al cielo
Que si contra estos hombres me rebelo
Quiero vengar mi sangre y nada más :
Vengar la sangre que en tus venas corre,
Tu honor, y el de tu padre, de aquel hombre
Que nos legó con su valor un nombre
Que no debemos desmentir jamás.

— ¡Oh! ¡qué escucho, don Álvaro! mi padre
No murió...

— Sí, murió, murió; no hay duda;
Y á sus verdugos don Gonzalo ayuda :
¡Á sus verdugos! ¿Lo has oído bien!
¡Á sus verdugos!

— ¡Por piedad, no sigas!
¡Tu espantoso sarcasmo me estremece!
¡Ah! ¡todos los de Oyón, cierto parece
Que condenados á exterminio estén!

Y nuestra muerte no, nuestra deshonra
Les deleitara más : ellos quisieran
Que los hijos de Oyón eternos fueran
Si en ellos fuera eterno el deshonor.
Burlemos sus esfuerzos : vendrá un tiempo
En que la historia nuestros hechos diga,
Y en que la Patria atónita bendiga
La víctima, y maldiga al opresor.

— Escúchame, Gonzalo : soy tu hermano,
Y tú has lidiado sin piedad conmigo
Sólo para salvar á un enemigo
Que para ti ha abolido toda ley.
Tu martirio, el martirio de tu raza
¿No te incita á venganza?

— No me incita :
De mártires mi Patria necesita ;
Mis enemigos sirven á mi Rey.

ÁLVARO.

— Esa es lealtad, hermano; pero atiende,
Porque la sombra de tu padre inulta
Tenaz me sigue, bárbara me insulta,
Y su desgracia á referirte voy.
Sí, me parece que su sombra errante
Me llama eterna con su voz de trueno,
Y vierte en mi alma este letal veneno
De la venganza, en que empapado estoy.

Partió Gaspar de nuestra patria España,
Dejando en ella un párvulo en la cuna :
Ése eras tú : no quiso la fortuna
Que á tu padre siguieras como yo.
Él á su fiel esposa, á su María,
Dejó el niño, depósito sagrado,
Fruto de la vejez inesperado
Que al noble anciano nuestra madre dió.

Yo á mi padre seguí. La sed de gloria
Nos empujó á los dos. Cuando salimos
Tan sólo á España en nuestros sueños vimos,
Servirla era deleite, no un deber.
España entonces, respetada, unida,
Llenaba el mundo con su claro nombre,
Debiendo al genio y al valor de un hombre
Su espléndida fortuna y su poder.

El más brillante título en el orbe
Era ser español. Colón vivía ;
Yo al Almirante conocer quería
Y por doquiera le buscaba á él.
Supe al fin de Colón. Estaba preso
De Vallejo en la antigua carabela.
Iba á zarpar, izaba ya la vela,
Ocupaba su puesto el timonel.

No volveré á encontrarle, entonces dije.
Volé á la nave, le tomé la diestra,
Y de respeto y entusiasmo en muestra
Lloré, y la mano de Colón besé.

Y por eso, Gonzalo, me acusaron ;
Luego prendieron á Gaspar por eso,
Y muchos días con mi padre, preso,
Por mi cariño hacia Colón, pasé.

Y vi después atónito que todos
Al ilustre Almirante aborrecían,
Y tanto mal del genovés decían,
Que de él yo mismo comencé á dudar.
Los primeros caudillos de Española
En secreto concilio se reunieron ;
Y allí se conjuraron, y ofrecieron
Su fortuna y su crédito arruinar.

Y veinte y tres hidalgos (¡oh! ¡qué hidalgos!)
Dijeron bajo santo juramento
Que de esta tierra espléndida el invento
No era obra del piloto genovés.
Y cual nublo ante el sol, ante esa nueva
Feneció mi ilusión : yo no dudaba
Del juramento entonces, ignoraba
Lo que puede en el hombre el interés.

Y el que dobló la dimensión del orbe,
El que, solo, luchó contra la Europa,
El que, por fuerza, la cobarde tropa
Trajo de España hasta la verde Haití,
Ése vió por perjuros y escribanos
En pocos pliegos de papel escrito
Disipada su gloria ante un delito
En que yo actor involuntario fui.

Y ¡oh vergüenza! esos actos oprobiosos
De ingratitud flagrante y cobardía
Los inspirada el Rey, los protegía
Con una vil y sórdida intención.
Romper quiso el tratado concluido
Con su gran bienhechor, y como España
Pudo oponerse á ingratitud tamaña
Hizo á España enemiga de Colón.

Su rey, para robarle impunemente,
Enajenarle nuestro afecto quiso :
Á un crimen otro crimen fué preciso,
Pero el segundo crimen fué mayor.
Colón había visto con desprecio
Del mundo entero acumulado el oro ;
Mas murió de dolor cuando el tesoro
Pretendieron robarle de su honor.

Á aquella vil calumnia y á otras muchas
Yo, y otros de mi edad, de ecos servimos :
Hijos de España, al genovés hicimos
Una guerra crüel y popular.
¿Quién me hubiera predicho que más tarde
La calumnia á mi padre alcanzaría,
Y que la envidia que á Colón hería
Sería matadora de Gaspar? (1)

(1) Sigue aquí Álvaro haciendo en sextinas (metro usado ya por el poeta en el canto 1) una larga relación de los servicios de Colón y de Balboa, para mostrarle á Gonzalo la ingratitud con que pagaban los reyes, y estimularle á abrazar la rebelión.

¡Perdón te pido, gigantesco mártir!
Si un momento dudé de tu inocencia :
Mi tierna juventud, mi inexperiencia,
Ante tu genio mi disculpa son.
Unido al grito universal, es cierto,
Seguí de todo un pueblo el extravío,
¡Ay! y asociado al delincuente impío
Fuí en tu martirio cómplice, ¡Colón!

Omitimos este trozo por ser muy débil. Hay, sin embargo, en él estrofas que merecen recordarse : ésta, en elogio de Isabel la Católica :

Sólo Isabel, la generosa y alta
Señora nuestra, cuanto hermosa amada,
Y tanto y más que amada respetada,
La vil calumnia que á Colón asalta
En silencio aterró con los enojos
Que excelsa gratitud puso en sus ojos.

Este rasgo sobre Colón :

Dueño es de un mundo, y el menguado anciano
Cuando busca un hogar le busca en vano.
Pero sobre su frente cabizbaja
La inspiración se cierne, y le atormenta
Y á nueva empresa su vejez alienta
Una voz interior que le trabaja
Y le dice : « ¡Colón! tu obra completa :
¡Ciñe á tu sien el lauro del profeta! »

Y este amargo argumento contra la fama póstuma :

¿Vuelve el Genio á la Nada? — Nada siente.
¿Va al Cielo? — Allá nuestro poder no alcanza.
¿Va al Infierno? — Es estéril la alabanza.
Si no le honramos vivo, indiferente
Es la tarda apoteosis para el hombre
Que nos dió fuerza y opulencia y nombre.

Pero sigamos. De mi padre adusto
 Seguí las huellas de entusiasmo lleno.
 La dura liza, del cañón el trueno,
 Fueron mi diversión y mi placer.
 La guerra fué mi Dios. Nunca la frente
 He humillado á los pies de la belleza;
 Nunca olvidé mi natural rudeza
 Por alcanzar favor de la mujer.

¡No conozco el amor! Seguir del padre
 La mirada de fuego y el acento,
 Adivinar su excelso pensamiento
 Y sus severas órdenes cumplir;
 Seguir entre el tumulto del combate,
 Como al león el cachorro, al padre amado;
 Verle, admirarle, estar siempre á su lado,
 ¡Eso sí que era para mí *vivir!*

Yo contemplaba en éxtasis sus ojos,
 Que en rayos el peligro convertía,
 Y entre el polvo y la grito distinguía
 De su voz hueca el eco atronador.
 Cuando como huracán él arrasaba
 La opuesta innumerable muchedumbre,
 Era mi norte el lampo de la lumbre
 Que esparcía su acero en derredor.

¡Le adoraba! Su pecho generoso
 Fué muchas veces á mi vida escudo :
 Sí; siempre, siempre en el combate rudo,
 Á quien herirme quiso, él muerte dió.
 Sólo al valiente por puntillo hería;

Mas nadie al golpe de su brazo fuerte
 Pudo jamás librarse de la muerte
 Cuando ese brazo sin piedad cayó.

Pronto á los altos grados militares
 Le hizo elevar su victorioso acero :
 Primero en armas y en virtud primero,
 Fué la gloria del trono y su sostén.
 Su cuerpo era flexible y vigoroso,
 Recta su boca, su mirada llena,
 Flotaba espesa en rizos su melena,
 Como la del león, sobre su sien.

Y tu misma sarcástica sonrisa
 Tuvo mi padre. En tu mejilla izquierda
 Hay también un lunar que me recuerda
 En la suya una idéntica señal.
 Fué su nariz de halcón como la tuya...
 ¡Qué semejanza! la estatura... el cuello...
 ¡Todo! Hasta en tu mirada hay un destello
 De dominio, del ojo paternal.

¡Oh! ¡déjame olvidar entre tus brazos
 Un instante su muerte! —

Enmudecido,
 Por un momento se fingió el olvido,
 (Que fingirse el placer es un placer);
 Y de la luna el rayo postrimero
 Iluminó la fraternal escena :
 Breve eslabón robado á la cadena
 Inmensa del humano padecer.
 Álvaro continuó.

ÁLVARO.

 Mi pobre padre
 Era sencillo, generoso, abierto :
 Jamás su albergue se encontró desierto,
 Porque en él se iba el pobre á refugiar.
 Y como muchos míseros había
 Y teníanlo todos como amigo,
 Era muy popular, y daba abrigo
 Y pan á todos su modesto hogar.

 El simple y oprimido americano
 Respetaba á mi padre, le quería ;
 Y sin otra razón, le suponía
 En oro rico el ávido español...
 ¿Te inmutas? ¡Oye!... al español detesto,
 Aunque lo soy, Gonzalo. ¡No es delito
 Que odie á sus compatriotas el proscrito
 Á quien niegan la luz del patrio sol!

 ¡Déjame hablar! Mi padre en la opulencia
 Veía sólo la insufrible carga,
 El vil estorbo que la vida amarga,
 Enerva al héroe, enferma su virtud.
 Y así nada tenía, hermano, nada ;
 Que por orgullo sobrio y por costumbre,
 El agua pura, la frugal legumbre
 Guardaban su robusta senectud.

 Hora ya le conoces. Pues á ese hombre
 Poseedor de tesoros le creyeron,

Y luego le acusaron, le prendieron,
 Prestándole proyectos de ambición.
 La codicia á matarle preparóse,
 La envidia á calumniarle; y corrompidos
 De mi padre los mismos protegidos
 Dieron la convenida delación.

 ¡Por Dios y por su honor! Esos perjuros
 Junto en una cámara trataron,
 Y allí se convinieron y ensayaron
 Para dar testimonio contra él.
 Y el que había vencido mil legiones,
 Víctima de una intriga meditada
 Vió manchado su honor, rota su espada
 Contra unos pocos pliegos de papel.

 Diéronle defensor, y él dijo : — Inútil
 Fué siempre defender á la inocencia
 Y más cuando está escrita la sentencia
 Antes que el reo snmariado esté. — (1)
 Luego, para que de algo se acusase,
 Pusieronle al tormento muchas veces,
 Pero él por toda réplica á sus jueces
 Dijo : — ¡Yo sé morir, mentir no sé! —

 Su altivez los hirió. Fué condenado ;
 Le aconsejaron que pidiese gracia,
 Pero él inalterable en la desgracia

(1) Atribúyense palabras semejantes á don Camilo Torres, natural de Popayán, y Presidente de las Provincias Unidas, cuando el Pacificador Morillo le sometió á juicio, por *insurgente*, en 1816. Fué fusilado y colgado en la horca en Bogotá el 5 de octubre de aquel año. (*Nota del Editor.*)

Preguntóles tranquilo : — ¡Gracia! ¿á quién?
 — Al Rey — le contestaron. — ¿Qué derecho
 Tiene el Rey sobre mí? Soy inocente;
 Otorgo mi perdón al delincuente
 Que me asesina — dijo con desdén.

Fuí hasta entonces leal. Mas cuando al hombre
 Más valiente y veraz vi calumniado,
 — ¿De qué sirve — me dije — ser honrado?
 ¿Qué valen la honradez y la lealtad?
 Don Gaspar y Colón fueron leales;
 ¿No triunfó de ellos siempre la mentira?
 ¿No puede más el crimen que conspira,
 Que la sencilla y débil probidad?

¿Á qué, pues, ser leal? Esos malvados
 Con el foro y la ley sólo especulan.
 Si ellos giran libranzas y calculan
 Con tinta, yo con sangre pagaré.
 El mundo es del que vence. Hay dos caminos
 Que llevan al poder : — la hipocresía :
 De ese soy incapaz; mas la otra vía
 Se corta con la espada — ¡la abriré! —

El día en que Gaspar fué condenado
 Á muerte en nombre del Señor de España,
 Me fuí solo á llorar en mi cabaña,
 Nuestra pobre y modesta habitación.
 Allí se presentaron sus verdugos
 Armados á pedirme su tesoro :

Con sólo verlos se secó mi lloro
 Al fuego de una justa indignación.

Y tomando su espada — Ésta — les dije —
 Fué de mi padre la única riqueza. —
 Uno quiso tomarla, y la cabeza
 Le bajé al suelo del primer revés.
 Pretendieron prenderme; defendime.
 Diez eran ellos : todos me atacaron,
 Y uno en pos de otro todos diez quedaron
 Exánimes tendidos á mis pies.

Y volé á la prisión. Mas nuestro padre
 Estaba muerto ya... Y abandonado
 Y huérfano en el mundo yo he quedado...
 Él era todo para mí... ¡murió!
 ¡Murió! ¡Y el asesino vive, impera,
 Y castiga, y perdona!... Su tesoro
 Poco les servirá, que en vez de oro
 Dieron con esta espada — ¡esto dejó! —

Al decir las dos últimas palabras
 Alvar la firme diestra llevó al pecho;
 Luego el acero por el puño estrecho
 Sacó del forro y le empezó á vibrar,
 Diciendo : — He aquí el tesoro que mi padre
 Le dejó por legado á la Corona;
 El gran Rey que castiga y que perdona
 Aquí tiene el tesoro de Gaspar.

— ¿Y á qué intento destinás esa espada? —
 Interrumpió Gonzalo.

— Al exterminio.

— Á dónde te encaminas?
 — Al dominio.
 — ¿Qué buscas, infeliz?
 — ¡Trono ó baldón!
 — ¡Oh! no, por Dios, ¡no cubras nuestro nombre,
 Hermano, de baldón!
 — ¡Hermano ingrato!
 Eres de nuestro padre infiel retrato :
 ¡Tienes la faz, te falta el corazón!

— ¡No, no me falta el corazón, por Cristo!
 ¿Quién deshonró á mi padre? ¿Muchos fueron?
 Pues á cuantos el crimen cometieron
 En lid abierta yo los mataré!
 — Fácil es prometer...
 — Yo no prometo
 Lo que cumplir no quiero.
 — En la promesa
 No es querer, es poder lo que interesa.
 — ¿Qué? ¿Dudas de mi brazo ó de mi fe?

De mi brazo tal vez... — Aquí Gonzalo
 Dejó de ser, cual de costumbre, humano,
 Porque vió con desdén al fuerte hermano
 Y con sarcasmo amargo se rió.
 Notólo el otro, y con la mano amiga
 Acarició del joven la alta frente,
 Y le dijo : — Si, hermano; sí es valiente
 El noble brazo que al de Alvar rindió.

Escúchame. Yo te amo, hermano mio :
 Hay en ti algún misterio que fascina;

Tu voz conmueve, tu mirar domina,
 Te reconozco superior á mí.
 Mas guarda tu sardónica sonrisa;
 ¡No me atormentes! Si otro tal hiciera,
 Por Dios, que de reír se arrépintiera,
 Y lo tolero, sin embargo, en ti...

¡Ah! yo no me conozco... Te pareces
 Tanto á mi padre, tanto, que me siento
 Estremecido al escuchar tu acento,
 No sé si... de placer... ó de dolor.
 ¡Hermano!

— ¡Hermano! —

Y simultáneamente
 Ambos correr las lágrimas dejaron,
 Aunque ambos por orgullo se ocultaron
 El noble llanto de filial amor.

Luego dijo Gonzalo :

— Alvar, la guerra
 No daña á los perversos : su venganza
 Al pobre, al inocente sólo alcanza,
 Mientras de ella se burla el criminal.
 ¿ Al huérfano, á la viuda, y al anciano,
 Y á la plebe infeliz castigaremos,
 Y sin discernimiento mataremos
 Dejando libre y sin castigo el mal?...

¿ Esa es justicia, hermano?

ÁLVARO.

— ¡ Esa es justicia!

¡Yo soy hijo y soy súbdito : un delito
 Me privó de mi padre, y fué maldito
 El pueblo que lo quiso consentir.
 Verdugos fueron jueces y testigos ;
 Mas cuantos el delito permitieron
 Á par de los verdugos delinquieron,
 Y deben por sus crímenes morir !

¡Morir! Que el juez responda por sus hechos,
 Y por el juez responda el pueblo todo :
 Es ley inexorable. De este modo
 La pública justicia entiendo yo :
 Si el juez tuerce las leyes, la venganza
 Se sustituye al juez, y la anarquía
 Azotar debe á la nación impía
 Que la infame opresión autorizó.

La autoridad, cuando en su nombre imperan
 La envidia vil y la cobarde intriga,
 Es un mal, no es un bien : es la enemiga
 Del hombre, y él la debe derrocar.
 Contra los fuertes se inventó el gobierno
 Para dar protección al desvalido
 Contra el malvado aleve y atrevido,
 Para dejar al bueno descansar.

¿Mas quién se atreve á sostener que el hombre
 Renunciase á su dulce independencia
 Para entregar la cándida inocencia
 Al perjurio, al falsario, al impostor?
 Más vale la elevada tiranía
 Que ejercen los valientes con la espada,

Que esta coyunda vil que nos degrada
 Haciendo al más cobarde el opresor.

« ¿Quién es el asesino de mi padre? »
 Me acabas de decir : « si muchos fueron
 Los que el crimen cobarde cometieron,
 En lid abierta yo los mataré »
 Pues España, su rey y sus tenientes,
 La sociedad entera degradada,
 Aquella informe máquina, gastada
 Ya por el uso, el asesino fué.

Á destruirla vamos, y otra nueva
 Sobre cimientos sólidos alcemos,
 Y en este mundo virgen levantemos
 Un monumento á la filial piedad.
 Apartemos la vista y pensamiento
 De ese mundo caduco y de sus reyes,
 Cuyos bárbaros hábitos y leyes
 Envilecen la triste humanidad.

Erijamos un trono á la justicia
 Con los escombros del imperio hispano,
 En este mundo nuevo colombiano,
 Viva fuente de gloria y de poder.
 ¡Ven! ¡derribemos fábrica de oprobio!
 ¡Ven! ¡ayuda á tu hermano y á tu amigo!
 Y un mismo trono ocuparás conmigo
 Después que hayas cumplido tu deber.

¡Ven! Los jueces no lidian. Esas hienas
 Togadas, sólo con la pluma tratan :